

Entrevista y adelanto Germán Marín

Conversaciones para solitarios

PRESENTAMOS A CONTINUACIÓN UNA PEQUEÑA ENTREVISTA A GERMÁN MARÍN Y TRES TEXTOS SELECCIONADOS DE SU LIBRO DE RELATOS PRÓXIMO A APARECER, TITULADO CONVERSACIONES PARA SOLITARIOS, EDITORIAL SUDAMERICANA, 1999. ADEMÁS, UN COMENTARIO DEL VOLUMEN REALIZADO POR EL HISTORIADOR ALFREDO JOCELYN-HOLT.



A la espera de nada

Germán Marín posee, en la vida real, un vozarrón profundo, y es valiente a carta cabal, lo que en un país de mediotintas es escaso. En sus novelas y cuentos, particularmente en estos últimos, sin embargo, Marín pone a prueba este varonil matizándolo con ironía, desdoblamientos y ojo fotográfico. Este es el otro Marín —el Marín narrador—, el que igualmente, obsesionado con el país de sus fijaciones, incursiona en otros registros de esa voz de la conciencia hablándole al oído, pero sutilmente, como para callado.

En el mejor de los casos, para Marín, nuestra historia reciente se ha reducido a no más ni menos que la lógica de un diálogo que ordena nuestro solitario desamparo. De ahí su afán por rastrear las huellas que quedan, las imágenes que aspiran a constituirse en recuerdos, compartidas tal vez, de un país que, como él mismo dice, “la Muerte se llevará” legándonos en el entretanto a modo de consuelo perverso “la culpabilidad de estar vivos”. Rearmar el espejo roto, rescatar al ausente que hay en cada uno de nosotros, en fin, reanudar el diálogo desde “ese largo presente” que es la memo, la olvidada, es lo que lleva, una vez más, a Marín a hablar a solas. Y para lo cual todo vale: arriesgar mentiras, atrapar verdades o, simplemente, saborear como cae la tarde, acaso mudo, sordo jamás.

No hay, por tanto, vanidad en la historia que cuenta Marín. “A la espera de nada”, como él mismo confiesa, el ciudadano nada teme. ¿Cómo narrar nuestra terremoteada pesadilla sin caer en patetismos e indignaciones? Ese es el desafío que Marín encara y resuelve en sus obras con igual brío virtuoso, tanto literario como en el plano de la convicción elocuente.

Alfredo Jocelyn-Holt Letelier

De "Prosas marciales"

En esta época gregaria en que las ciudades están invadidas por las muchedumbres, centuplicadas éstas debido a una migración constante venida del interior del país, a cuyo fenómeno demográfico se agregan en los últimos años las expansiones de una sociedad libre dueña de las calles, cuánto respiro me provoca que aún sobrevivan lugares de clausura tales como los conventos, prisiones y manicomios, donde el hombre o la mujer yace al amparo de la soledad absoluta. Es allí donde la condición humana alcanza el estado de cristal de su bella tragedia. En un grado menor, si se examinan esos oasis citadinos, se encuentran también los cuarteles, hogares de ancianos y hospitales, pero ningún lugar de ellos es quizá comparable a la existencia, perdida casi siempre en los aledaños, de los jardines zoológicos desde cuyos barrotes hay miradas antiguas, cargadas de sabiduría, que testimonian el vacío del encierro. (Pureza del odio)

De "Fotografías de época"

Por último, si bien quedan otras más, examínese esta foto tomada al azar por un ojo distraído, en que el hombre elegido está por cruzar una esquina, sin embargo, se arrepiente de hacerlo y de inmediato olvida hacia atrás. Nadie ha seguido sus pasos según parece. Gracias a los muros recién pintados de la ciudad, detecta la generación del tiempo, bruscamente abolida por el brochazo de cal, en que muertas debajo brillan frases, dibujos, huellas, nombres del país perdido. Se siente acosado por una presencia anónima que se esconde en los umbrales y en su mirada, vuelta de soslayo, se adivina la inquietud. Encogidos los brazos, en una reacción que asombra, a punto acaso de denunciar que el hombre echará a correr, constituye una señal de que el miedo en ese instante es una cosa viva. Tal vez se trata, si se estudia la foto detenidamente, de un sujeto empobrecido que no consigue ocupación. Ha escuchado que alguien lo llama por su nombre, Montecinos, no se me vaya, pero sabemos que no es así. En la mirada, volcada de pronto hacia esa voz, se esconde la esperanza de que dicho encuentro cambiará su situación, mañana y tarde como ha estado desde hace tiempo a la búsqueda de un trabajo, aun cuando la realidad granulada de la fotografía muestra en blanco y negro, por encima del hombre, que la calle se encuentra vacía de gente.



Jorge Marín

La sonrisa del Tigre Mundano

—En su último libro usted hace el ejercicio de describir un conjunto de fotos, y no es la primera vez que prolonga su trabajo hacia la fotografía. ¿Piensa que la imagen fotográfica es como un puente hacia realidades extinguidas?

—La fotografía ofrece para mí una connotación fantasmal, parecida al temor de los chinos al conjeturar que esa imagen rapta el alma, pues veo en ella, como en un espejo inmóvil, el pasado cristalizado. Desde ese sentimiento al trabajo narrativo de este servidoro hay un trecho, un espacio condescendiente. Así como me interesa la fotografía, también me atrae la pintura del 19, como se verá en la novela *Idola* pronto a terminar, en que además está presente la imagen del cine porno, repetitiva y ginecológica. En suma, soy un individuo un tanto mirón, con especialidad en ojos de cerradura, pues mis espacios de preferencia están bajo techo.

—Usted utiliza preferentemente frases largas y envolventes, ¿cuál es su concepto del estilo?

—Podría decir, como en el corrido mexicano, que ese estilo me nace del alma, correspondiendo como movimiento sintáctico a un modo de examinar la realidad con sus avances y repliegues, aunque como me doy cuenta que el empleo de la palabra realidad no está bien, debería reemplazarla, si usted me lo permite, Merino, por los términos memoria u olvido, análogos si sumo como Proust o si resto como Borges.

—En todos sus libros la figura del editor aparece como un agente en las sombras, de modo que se podría decir que usted es una suerte de escritor-editor...

—En libros anteriores ha sido en parte una figura retórica, existente más que nada a fin de tener otra perspectiva de narración. En este libro ha quedado afuera. Sólo ha intervenido aquí el coautor, que constituye, como en cualquier obra, el otro, que servicial ayuda a hacer corte y confección. Pero éste también, en el fondo, carece de verosimilitud, el único real es el escribiente, el soldado desconocido de esa causa desconocida.

—Un Santiago profundo y borroso es el que aparece en *Conversaciones para solitarios*. Usted ha sido, aparte de santiaguino, bonaerense, y en menor medida barcelonés, pekinés y mexicano. ¿Cómo se relacionan las ciudades con su obra?

—Hoy no estoy en ánimo de literaturizar y sólo deseo señalar, sin el propósito de incoordinar, que habría deseado no ser un escritor chileno ni menos oriundo de Santiago. Pero qué le voy a hacer. Asumo esta ciudad con el alegre pesimismo que mañana será peor tras mirar por la ventana y ver cómo, dentro del subdesarrollo, se oxidan los lujos de la modernidad. Sin embargo, seguiré escribiendo acerca de Santiago, la aldea más grande del mundo, casi como una fatalidad irremediable, pues, excepto quizá Buenos Aires, los demás escenarios urbanos donde he vivido me resultan detestables por uno u otro motivo.

—¿El título del libro tiene que ver con sus fantasías acerca de sus lectores? ¿Se imagina algún lector a la vez real e ideal?

—El hecho de haber titulado así el libro no significa mucho respecto al destinatario. Podría haberle puesto como nombre *Conversaciones para sirenas*, aunque si de títulos hablamos, perdone la digresión, qué buenos son *Pálido transeúnte* y *Nada se escurre*. Usted me pregunta además, por el lector ideal. Sólo me agradecería que leyera finito como quien saca cuentas y que, al término, exhibiera la sonrisa melancólica del Tigre Mundano en la ópera. Ese personaje del enigmático surrealista que fue Jean Ferry.

Roberto Merino

Recambio

Una lectura imprescindible

por Roberto Bolaño

Escribir una reseña sobre un texto de Wilcock, y hacerlo en apenas dos páginas, es tarea ardua. Sobre todo si el libro en cuestión es *La sinagoga de los iconoclastas*, en donde toda la feroz alegría del mundo parece estar concentrada. No peco de exagerado si digo, ya desde el principio, que este es uno de los mejores libros que se han escrito en este siglo. Su autor, J. Rodolfo Wilcock, es además un personaje legendario. Nacido en Buenos Aires en 1919 y muerto en Lubriani, Italia, en 1978, fue amigo de Borges y Bioy Casares y su vida estuvo jalonada por los cambios: los radicales y los imperceptibles, una constante vital nómada y una realidad ideal sedentaria. Sus primeros libros fueron de versos: *Primer libro de poemas y canciones* (1940), *Los hermosos días* (1942), *Paseo sentimental* (1945). A los 39 años se estableció en Italia y comenzó a escribir en esta lengua. De su etapa italiana, la más rica de su producción, destacan la novela *El templo etrusco* (1973), las prosas de *El esteoscopio de los solitarios* (1972), *El caos* (1974) y *El libro de los monstruos* (1978), y varios libros de poesía y piezas teatrales. Su obra mayor, sin embargo, es esta que ahora alcanza su segunda edición en Anagrama. La primera se publicó en 1982. La que tengo en mis manos es de 1999. Si comparamos las fechas de la primera y segunda edición españolas, el panorama resultante es francamente desolador. *La sinagoga de los iconoclastas*, cuya primera edición italiana es de 1972, es sin duda uno de los libros más felices, más irreverentes, más humorísticos y corrosivos de este siglo. Deudor de Schwob, de Alfonso Reyes y de Borges, deudores estos a su vez, a la manera de los espejos deformantes, de la prosa de los enciclopedistas, *La sinagoga de los iconoclastas* es una colección de biografías de inventores delirantes, aventureros, científicos, sociólogos sociópatas y algún que otro artista. Según Héctor Bianciotti el libro puede ser leído "como una comedia humana en que una cólera amarga a lo Céline se disimula bajo gags al estilo de los hermanos Marx". No creo que bajo la prosa de Wilcock se agazape una cólera amarga, ni mucho menos una cólera amarga a lo Céline. Sus personajes, cuando son malos, son malos de tan buenos que son, y cuando son buenos son inconscientes y entonces son temibles, tan temibles, sin embargo, como todos los seres humanos. La prosa de Wilcock, metódica, siempre certera, discreta aunque trate temas escabrosos o desmesurados, tiende hacia la comprensión y el perdón, nunca hacia el rencor. La estupidez, parece decirnos, es innumerable, pero la resistencia también lo es. Del caldo de ambas, estupidez y resistencia, surge su humor, y de su humor (pues *La sinagoga de los iconoclastas* es esencialmente una obra humorística) no se salva nadie. Algunos de sus personajes son históricamente reales, como Hans Hörbiger, el científico austriaco que proponía la teoría de las lunas sucesivas y que tuvo por discípulo a Hitler; otros son históricamente factibles, como ese André Lebrán que "es recordado, modestamente recordado, o mejor dicho no es recordado en absoluto, como inventor de la pentaciclota o pentaciclo, o sea la bicicleta de cinco ruedas". Algunos son heroicos, como el filipino José Valdés y Prom, telépata e hipnotizador y una metáfora del artista ideal: desdefioso y consecuente. Otros son seres de una inocencia absoluta, o sea santos, como el armenio emigrado al Canadá Aram Kugiungian, reencarnado o transmigrado en cientos, tal vez en miles de personas y ante cuya evidencia "siempre respondió que no sentía nada excepcional, incluso que no sentía nada en absoluto, a lo más una vaga sensación de no estar solo en el mundo". Para no hablar de Llorenç Ribier, el director de teatro catalán, capaz de montar una versión teatral de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein y de agotar por medio de crisis nerviosas no sólo a los censores más brutales sino también a su ocasional público. O el inventor canario Jesús Pica Planas, padre del asador tipo noria movido por cuatro tortugas o del calzoncillo elástico hermético para perras en celo o de la trampa para ratones con célula fotoeléctrica y guillotina, a colocar delante del agujero. Treinta y cinco biografías que invitan a una lectura festiva, a carcajada limpia o mesándose los cabellos; el libro de uno de los mayores y más raros (en lo que tiene de revolucionario esta palabra) escritores de este siglo y que ningún buen lector debe pasar por alto.